

La Comuna

Nº 9
Noviembre
de 2002

Revista ideológica del partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos

Páginas 2

Editorial

Páginas 3 a 6

La explotación capitalista y la propiedad privada de los medios de producción

Páginas 7 a 9

La crisis de un Estado que opera en favor del capital monopolista

Páginas 10 a 12

Nueva dinámica en la lucha de clases

Página 13 a 15

Las "Jornadas de diciembre", sus enseñanzas políticas



Este noveno número de “La Comuna” contribuye al debate de uno de los aspectos que necesariamente deben resolverse en el curso del proceso revolucionario, si se aspira a que la clase obrera y el pueblo conquisten el poder político que detenta la burguesía, encabezada por su sector más concentrado y más poderoso: la gran oligarquía financiera que hoy orienta, dirige y aplica la política imperialista.

Nos referimos a la necesidad de enfrentar la violencia del sistema con la violencia revolucionaria de las masas.

En primer lugar se publica la nota La explotación capitalista y la propiedad privada de los medios de producción que detalla el proceso histórico de apoderamiento de los resortes del Estado argentino por parte del gran capital monopolista.

En segundo término, en La crisis de un Estado que opera en favor del capital monopolista se analiza la ocupación por parte del sector más concentrado de la burguesía, de todas las áreas nacionales de producción y comercialización y su consecuencia: la exacerbación de la contradicción principal del capitalismo, agravando las condiciones de explotación de la clase obrera y empobreciendo al conjunto del pueblo.

Se examina luego en Nueva dinámica en la lucha de clases el carácter violento que asume en la actualidad el proceso de concentración a nivel mundial.

En el último artículo de fondo que se titula Las “Jornadas de diciembre”, sus enseñanzas políticas pasamos a analizar las jornadas nacionales del 19 y 20 de diciembre, la experiencia de las tácticas de enfrentamiento y el papel fundamental jugado por amplios sectores de las masas urbanas.

La explotación capitalista y la propiedad privada de los medios de producción

(Un secreto celosamente guardado por la burguesía en el poder)

En la medida en que más nos aproximamos hacia una situación revolucionaria, más se agudiza la lucha de clases y, por lo tanto, se incrementa el papel de la lucha ideológica. Cuanto mayor es el enfrentamiento entre las clases en pugna, más expuestas a los ojos de la población quedan las lacras del sistema social capitalista. Todo lo que antes aparecía como respetable, inmaculado y puro, ahora muestra su verdadero rostro. Por eso, para la burguesía que se debate en medio de una grave crisis política, crece la necesidad de confundir o entorpecer la explicación de los factores que nos llevaron a esta situación.

Si bien la lucha ideológica se desarrolla siempre en una inmensa diversidad de planos, hay temas neurálgicos que son los que más profundamente oculta la clase dominante, haciendo todos los esfuerzos para que esta norma se cumpla. Para ese fin, dispone de un ejército de políticos, intelectuales, medios masivos de comunicación, instituciones culturales, y otros resortes, a través de los cuales complica lo que es simple, desvía la atención, genera discusiones sobre falsos ejes o bien, simple y sencillamente, miente, provoca incertidumbre, temor o sensación de desamparo.

Cuando la realidad se impone y hay fenómenos que ya no se pueden ocultar, entonces dirige todas sus energías a tapar las causas profundas que los producen. Así, la burguesía que durante años negó sistemáticamente las consecuencias nefastas de este sistema social —tales como la pobreza, la mortalidad infantil, la desocupación, la falta de salud, el déficit educacional, la desprotección de la ancianidad, la inseguridad, y otros males—, hoy, muy lejos de ocultarlos, los difunde masivamente.

Ante los ojos del menos informado, esa realidad es tan palpable que para la burguesía negarla sería un acto de absoluta estupidez. Entonces, haciendo gala de sus clásicas dotes acrobáticas se reacomoda, y siendo fiel a la vieja máxima que reza: “Si no los puedes vencer únete a ellos”, se pone como víctima al lado de la población desposeída y llora y se queja de los mismos males que antes se empecinaba en desconocer. Muchas veces, incluso se “esmera” en acentuarlos, con la indisimulada intención de sembrar miedo, paralización o confusión, por ejemplo al publicar cifras de desocupación masiva y en aumento, intentando frenar el creciente malestar de los trabajadores; agitando el clima de inseguridad, robos, crímenes y hechos de sangre para justificar la presencia de las fuerzas de seguridad en las calles; mostrando la pobreza extrema de niños desnutridos para apelar al esfuerzo colectivo de los que todavía tienen trabajo (nunca el esfuerzo de la clase burguesa) para acudir en ayuda de los mismos; mostrando el rigor del abandono de la ancianidad o la ausencia de una red sanitaria para justificar un pedido de préstamo a la banca extranjera u organismos internacionales. Pero en todos los casos, sólo muestra el fenómeno, nunca las causas que lo provocan. Aparecen entonces con claridad muchas contradicciones y problemas, pero en simultáneo deliberadamente se despreocupa de presentar una molécula de verdad respecto de las causas.

La base de esta estrategia es tratar de ocultar la contradicción fundamental, aquella que hace mover el proceso histórico y que constituye el núcleo del enfrentamiento entre las clases sociales, dada por el antagonismo entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación.

Para llevar adelante esta tarea, acuden siempre presurosas las plumas de intelectuales sabihondos, los análisis sesudos de políticos y profesionales con estudios en universidades del exterior y hasta las voces estridentes de falsos dirigentes de movimientos sociales, o de ciertas organizaciones no gubernamentales. Todos coinciden en “luchar” para resolver esas contradicciones pero sin bucear en cuál es el núcleo real o, lo que es peor, desconociéndolo deliberadamente.

Así, aparecen propuestas políticas que impulsan la “lucha” contra la deuda externa, el hambre, la desocupación, la miseria, la falta de protección a la ancianidad, la carencia en la salud pública, la redistribución de la riqueza, etc. Si bien es cierto que todos estos males son sufridos por el pueblo y se debe luchar por una solución de los mismos, no se logrará acabar de cuajo con ellos si, además, no se encara una lucha a fondo por la resolución de la contradicción que los genera, pues para resolver los problemas de la deuda externa, el hambre, la desocupación, la miseria, etc., se debe disponer de riquezas. Poseer la propiedad de las riquezas fundamentales y el poder de decisión sobre las mismas, es una condición determinante para el triunfo de cualquier proyecto revolucionario. La lucha por ese poder político y económico constituye el centro de la acción revolucionaria.

La producción de riquezas, es decir de mercancías (1), es la producción de bienes que se destinan al mercado y cuyo objetivo último por parte de su dueño (el capitalista) es la ganancia, pues él produce con el fin de obtener dicho “beneficio” y no por otra razón. Para producir mercancías, el hombre agrega trabajo sobre la naturaleza o sobre las materias primas obteniendo así el producto final. Lo único que genera valor es el trabajo del hombre. O sea el intercambio que la fuerza de trabajo del obrero (2) en contacto con el bien proporcionado por la naturaleza o la materia prima, opera en la transformación que da como resultado el producto final o la mercancía (3).

Esta base (la producción de mercancías) sobre la que se asienta todo el funcionamiento de la sociedad capitalista y, por ende, toda la riqueza social, es generada por la clase obrera. La ganancia, de la que se apropia la burguesía, es la parte del trabajo no retribuida al obrero que contiene la propia mercancía en su valor de cambio que el capitalista realiza al cambiarla por otra mercancía o dinero. Cuanto mayor es la parte del trabajo no retribuida al obrero, tanto mayor es la ganancia del capitalista. El avance de la tecnología y la ciencia no ha hecho más que incrementar esa ganancia (4).

En consecuencia, sobre la clase obrera pesa el sostenimiento de toda la sociedad, no sólo de la burguesía sino también del resto de los trabajadores (5) y todo el pueblo en general, pues el mismo origen tienen todas las riquezas o recursos que el Estado recauda para destinar a lo que se conoce como el gasto público (pago de créditos –deuda externa e interna–, educación, salud, previsión social, justicia, seguridad, mantenimiento de caminos, vías férreas, etc.). La apropiación por parte del capitalista de dicha ganancia, o lo que es lo mismo, del trabajo no retribuido al obrero (plusvalía), es lo que se llama explotación capitalista.

En las condiciones actuales, los capitalistas han extendido ese robo diario con la flexibilización laboral y con la devaluación del peso, mediante distintos mecanismos tales como las jornadas agotadoras de 9, 10, o más horas de trabajo; las horas extras (las pagadas y las no retribuidas); los extenuantes ritmos de producción; el incremento de la productividad; la pérdida de francos, antigüedad, vacaciones pagas, premios a la producción y categorías; el emparejamiento para abajo de los salarios; la disminución del

salario nominal y el real. No contenta con esto, la burguesía, aplicó además severos ajustes en la educación, las jubilaciones, la salud, los planes sociales, destinando hasta hace muy poco meses la mayoría de los recursos al pago de los exorbitantes intereses de deuda interna y externa, restando para ello recursos que el Estado debería destinar al bien común.

Como se ve, esta inmensa expropiación de valor no se ha hecho para “redistribuir” entre los demás sectores populares de la sociedad, sino para el incremento de las ganancias de lo más concentrado de la burguesía monopolista, es decir, la oligarquía financiera.

Siguiendo este razonamiento, es fácil deducir que cada vez es mayor la cantidad de valor agregado a la totalidad de las mercaderías producidas por la clase obrera que la burguesía se apropia para incrementar su ganancia y, simultáneamente, disminuye la cantidad de ese valor agregado que se destina para cubrir las necesidades del bien común, con lo que la burguesía incrementa aún más sus ganancias (6).

Por otro lado, la concentración y centralización monopolista reduce la cantidad de manos en la que queda finalmente esa riqueza. Además, la destrucción de fuerzas productivas que masivamente genera esa concentración y centralización, aumenta la cantidad de población que es expulsada del mercado de trabajo y de consumo.

En las actuales condiciones, el desarrollo capitalista no sólo aumenta la cantidad de la riqueza producida por el obrero haciendo crecer proporcionalmente la ganancia que expropia la burguesía, sino que, además, es sobre un número cada vez menor de obreros donde se asienta el cada vez mayor peso de la carga social de toda la población. De esta manera, no sólo el destino de la burguesía está atado por la explotación a la clase obrera, sino también los destinos de la totalidad de los sectores y capas que componen toda la sociedad capitalista. Esto es precisamente lo que la burguesía silencia y mantiene celosamente oculto.

Este eje es el que representa la contradicción que da movimiento al proceso histórico, la cual llamamos contradicción fundamental: la producción social de bienes (proletariado) y la apropiación individual de la riqueza (burguesía). El ocultamiento de esto, es lo que empaña la visión sobre la lucha revolucionaria y facilita la aparición de ejes falsos que por doquier aparecen, a veces con el rostro de la burguesía, y otras de la mano del oportunismo y el reformismo metido en el pueblo. Ocultar la explotación capitalista, desclasa la lucha y pone en un pie de igualdad a todos los oprimidos. Desde esa óptica, no existen diferencias entre desocupados, obreros, trabajadores asalariados no proletarios o pequeño-burgueses que sufren el castigo de la miseria, la opresión y otros males del capitalismo. Y, en consecuencia, borradas las distintas calidades, es decir el papel que cada clase o sector desempeña, lo único que importa es la cantidad. Por lo tanto, pareciera que sumando una fuerza con mucha cantidad de pobladores podríamos cambiar el curso de la historia.

Esta visión conduce, en última instancia, a la trampa de ver los efectos sin poder conocer las causas que lo generan, llevando a luchas estériles o parciales, tales como el querer replantear la distribución de la riqueza sin cuestionar la propiedad de la misma; depositar expectativas en que otras capas sociales puedan convertirse en la dirección y garantía de los cambios revolucionarios; no advertir el poder real de cada una de las clases en las acciones políticas para la conformación de las fuerzas revolucionarias; concebir la lucha revolucionaria fuera de la concepción de poder local real, trocando la misma por una

inalcanzable quimera de coordinación de luchas sectoriales capaces de reunir a una multitud y arrancar una mejor “calidad de vida” a la oligarquía financiera en el poder. Por el contrario, ver la realidad desentrañando el problema de la explotación capitalista basada en la propiedad privada de los medios de producción, nos permite apreciar con claridad los intereses reales de las clases y el papel que cada una está llamada a cumplir por el lugar que ocupan en el proceso de producción y reproducción de los bienes materiales y de la propia raza humana. También nos permite desarrollar más a fondo la ideología revolucionaria, o sea la expresión, en el plano de las ideas, de los intereses materiales y aspiraciones de la clase obrera y demás sectores populares.

De la misma manera, podremos medir el poder potencial que cada clase y sector del pueblo tienen para emprender una lucha revolucionaria, cuál es la clase fundamental y su relación con los potenciales aliados (el conjunto de los explotados) sectores imprescindibles para la conquista del poder. Entonces, definir a la Clase Obrera como la que representa los intereses históricos materiales de la destrucción del sistema capitalista y como eje de la lucha antiimperialista alrededor de la cual los demás sectores y capas de la sociedad se alinearán por ser la única capaz de sintetizar las aspiraciones de liberación y bienestar de todo el pueblo, no es una cuestión caprichosa o voluntarista sino que encuentra sus razones profundas en el propio mecanismo de producción y reproducción del sistema. Secreto, éste, guardado bajo siete llaves por la burguesía.

(1) Se entiende como mercancía todo bien que tiene un valor de uso y de cambio, lo cual comprende también a los medios de producción y de trabajo, tales como las fábricas (inmuebles e instalaciones), maquinarias, herramientas, materias primas, medios de transporte, productos en general, etc. “Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor, el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías”. Carlos Marx - El Capital - Tomo I - Proceso de Trabajo y Valorización.

(2) “Esta mercancía tiene, en efecto, la especial virtud de ser una fuerza creadora de valor, una fuente de valor y, si se la sabe emplear, de mayor valor que el que en sí misma posee”. Federico Engels - Introducción a la Edición de 1891, de Trabajo Asalariado y Capital - Carlos Marx.

(3) Imaginemos por un instante cualquier tipo de trabajo ajeno al de modificar la naturaleza o las materias primas, y podremos tener una idea cabal de lo que estamos diciendo, ya que sin la modificación de la naturaleza o las materias primas no podría existir ninguna otra ocupación (administración, comercio, servicios médicos, servicios educativos, servicios bancarios, asesoramientos, etc.).

(4) Nos referimos a la ganancia en términos absolutos y comparativos, y a la tasa de ganancia que tiende a disminuir pues la proporción entre el capital constante y el capital variable es cada vez menor.

(5) “Tal es el régimen económico sobre el que descansa toda la sociedad actual: la clase obrera es la que produce todos los valores, pues el valor no es más que un término para expresar el trabajo, el término con que en nuestra actual sociedad capitalista se designa la cantidad de trabajo socialmente necesario, encerrado en una determinada mercancía. Pero estos valores producidos por los obreros no les pertenecen a ellos. Pertenecen a los propietarios de las materias primas, de las máquinas y herramientas y de los recursos anticipados que permiten a estos propietarios comprar la fuerza de trabajo de la clase

obrero.” Federico Engels - Introducción a la Edición de 1891, Trabajo Asalariado y Capital - Carlos Marx.

(6) Intervienen además, otros factores tales como el desarrollo tecnológico científico aplicado a la producción, la velocidad del intercambio de los productos y de la circulación, la especulación financiera, etc., que incrementan la ganancia de la burguesía, pero ello no modifica la esencia del problema de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo del obrero, que es el nudo del problema que estamos planteando.

La crisis de un Estado que opera en favor del capital monopolista

Una de las claves para entender el actual estadio de crisis terminal en el capitalismo local, es ser muy precisos en el análisis de cuales han sido los resultados de la transformación del Estado en abierto favor del capital monopolista y cómo ésto ha impactado sobre la sociedad. El cambio en el rol que juega la maquinaria estatal en la regulación capitalista ha contribuido al desarrollo de una profunda crisis cuyo resultado es la exclusión y el descenso a la miseria de 20 millones de argentinos. Si bien este proceso de exclusión se desarrolló en un contexto global de ofensiva del capital financiero que lleva ya dos décadas en esa dirección, éste adquiere localmente su especificidad con relación a otras crisis, tanto locales como internacionales. En el caso de Argentina, el principal aspecto a señalar de este proceso, es la aparente dualidad existente entre la activa injerencia del Estado en casi todos los niveles sociales y su exclusiva acción direccionada a actuar en función de beneficiar a una muy reducida capa de la clase capitalista. En todas las áreas donde la relación capital-trabajo está presente (que hoy también se extiende muy especialmente al control del ejército industrial de reserva), el poder estatal convierte su capacidad de acción (vía la autodestrucción de cualquier forma de capacidad de intervención en ese sentido) en un eje central de las cadenas de decisión de la organización del mercado de trabajo. Este férreo control sobre la relación capital-trabajo, genera para la burguesía el marco “legal” propicio y el poder social necesario para el desarrollo de la superexplotación de fuerza de trabajo.

1. Introducción

La estrategia de “asalto” al Estado argentino por parte del capital monopolista se ha venido expresando desde hace años en numerosos hechos que en el presente impactan sobre casi cualquier cuestión relacionada con la organización social. Esta estrategia la encontramos en la falsa acción pública que el Estado burgués realiza en pos de mantener el orden. Su accionar promonopólico se destaca cuando:

- Opera “a completa discreción” en el área de la seguridad pública, fomentando la “mercenarización” completa de las fuerzas represivas al “alquilar” sus tropas a quienes las puedan pagar. La realidad indica que hoy la Gendarmería es directamente contratada para “defender” los centros de producción.
- Regula formalmente una actividad educativa pública (ej: promueve la educación secundaria “obligatoria”) que no se puede brindar en las desastrosas condiciones del pauperismo hoy vigente.
- Precariza su accionar en todas las áreas de la salud pública y protege en paralelo al cartel de los laboratorios farmacéuticos que monopolizan el precio de los medicamentos.
- Otorga monopolios en la áreas de servicios públicos a grupos extranjeros y durante la actual crisis “congela” las tarifas para contener el seguro descontento social, pero beneficiando por este medio los grupos económicos que producen localmente para la exportación.
- Violan sistemáticamente la legislación sobre derechos de propiedad de numerosos sectores de la pequeña burguesía.

En esencia, la forma dominante que toma esta estrategia es la manipulación y la acción reaccionaria de la superestructura política (poder legislativo) y social (poder judicial) donde su rol como mediador entre los enfrentados intereses de las distintas fracciones

burguesas resulta decisiva. Este rol opera a su vez en forma acorde al poder de cada una de esas fracciones, en consecuencia el Estado ha pasado a formar parte constitutiva (y por lo tanto incondicional) de la fracción burguesa más concentrada.

En todos los casos mencionados, la orientación fundamental desde hace más de diez años ha sido mantener una “activa” presencia organizada en función de garantizar el cumplimiento de un rol casi prescindente en todas aquellas esferas que le eran naturales al Estado burgués, dejando de esta manera el camino libre en favor de la iniciativa del Capital Monopolista. No debe de ninguna manera pensarse que esta “prescindencia” equivale a pasividad. Por el contrario, tal prescindencia es sólo declarativa. Se mantiene el control de todos los factores económicos importantes hacia un propósito ya definido, que además se complementa con una activa acción política que ha de garantizar el cumplimiento de sus objetivos económicos.

La masiva acción de ejercer el poder del Estado a favor de una regulación capitalista orientada a la opresión y la superexplotación de los trabajadores, se pone hoy en total evidencia al observar el resultado de la fenomenal transformación de las funciones “públicas”. Esta transformación impacta sobre la economía y la sociedad y tiene por contraparte un sostenido proceso de gigantesca redistribución regresiva del ingreso, el cual no hubiera sido posible sin el férreo control del aparato del Estado por parte del capital financiero.

En este sentido, es fundamental recordar que históricamente la burguesía desarrolló para sus propios fines de dominación, la tesis de que el Estado (el Estado burgués) sirve de árbitro (más o menos imparcial) entre las distintas fracciones que luchan por la distribución de la renta nacional, evitando de esta manera la guerra entre las clases. Esta tesis, común a casi todos los pensadores “progresistas” del capitalismo, olvida el punto de partida de que el Estado capitalista es el Estado de la burguesía (y no del pueblo en general) y constituye la herramienta central para subordinar y disciplinar a las demás clases sociales. Lo que es cierto, y resulta evidente, es que las distintas fracciones de la burguesía se disputan ferozmente el control de los mecanismos del Estado burgués para su propio beneficio, porque dicho Estado, dispone de la fuerza material para imponer políticas económicas en beneficio de los sectores que lo controlan. Por eso, al utilizar la expresión “asalto al Estado” queremos significar que habiendo culminado el proceso de cambio de la fracción dominante, ésta (la burguesía monopolística más concentrada que se puede llamar también oligarquía financiera), desarrolla su acción irresistible hacia la modificación de las características del Estado, redefiniendo su actividad de acuerdo a las nuevas necesidades de la fracción burguesa en el vértice del poder.

Entonces cuando mencionamos el “asalto al Estado” no queremos significar que su conquista sea el “objetivo” de la ofensiva de la gran burguesía, porque en realidad el Estado ya les pertenece, sino que nos referimos al proceso de adecuación de la herramienta “Estado” a las necesidades de la fracción dominante, proceso que lleva su propio y específico tiempo histórico. En estas condiciones debemos tener en cuenta, no sólo los complicados mecanismos estatales que se orientan hacia ese fin, sino también la necesidad de mantener el engaño a la “opinión pública”, que todavía tiene algún peso en la democracia burguesa. Entonces podemos afirmar -podría decirse dialécticamente- que la propia estructura del Estado participa activamente, con leyes, decretos, reglamentos, disposiciones y fallos, en el proceso de su propia adecuación a las cambiantes condiciones de la lucha intercapitalista.

2. El proceso histórico de “asalto” al Estado en Argentina

Como ya se ha señalado en otros artículos de La Comuna, la dictadura militar y su acción orientada a la desregulación (liberalización) de los mercados –particularmente en el área de las finanzas– resultó un hito central en el proceso de apropiación del Estado y en el desarrollo de los mecanismos de regulación capitalista hoy en vigencia. El golpe militar de 1976 no sólo puso en áreas claves del gobierno a importantes funcionarios vinculados al capital monopolista local e internacional (esto hecho en sí mismo no era novedoso), sino que políticamente inclinó decisivamente la balanza en favor de esta tendencia como norma de la lucha intercapitalista.

De aquí en más, la centralización del capital, del poder y la riqueza será la orientación dominante. Hasta esos años, la mayoría de los mercados de bienes, fuerza de trabajo y dinero, estaban fuertemente regulados por el Estado dentro de una línea de acción que se asentaba en una burocracia (civil y militar) que conservaba el “espíritu” propio del “estado benefactor” que intentaba una regulación “democrática” en favor de la burguesía en su conjunto. La forma ideológica de este proyecto fue el reformismo.

Hasta ese momento, una parte importante de la burguesía todavía tenía sus principales fuentes de ganancias en el desarrollo del mercado interno, en consecuencia parte de las regulaciones se orientaban a mantener una relación capital-trabajo razonablemente “estable” y políticamente viable.

El Plan Martínez de Hoz en un contexto de creciente liberalización de los mercados financieros a nivel mundial –y dentro de una tendencia de ofensiva política e ideológica orientada a liquidar al Estado como ente regulador del conflicto “interburgués”, además de su rol específico como superestructura del poder de la burguesía– comenzó su desarrollo con un proceso sostenido de transformaciones decisivas que en el presente modelan y condicionan todo el orden social. En la nueva estrategia (continuada por los gobiernos electorales parlamentarios y por el de facto como el actual), se regula casi sin mediaciones sociales en favor del capital financiero. Su aliado “natural” ha sido el nivel de consenso generado dentro de las distintas franjas de la pequeña burguesía (como sustento electoral), acción que permite “legitimar” una arrolladora acción que opera desde hace más de dos décadas en detrimento del nivel de vida de los trabajadores. En un país con una burguesía de fuerte orientación rentista, como el caso de Argentina, la llave de acceso a este cambio comenzó a tomar forma precisa a partir de la Ley de Entidades Financieras de 1977 (ya mencionada en otros artículos de La Comuna). A partir de ese momento, el Estado burgués comenzó a perder en forma creciente su capacidad de regulación sobre el precio del dinero (implícita también el destino del crédito) y de allí en más, el efecto de ese impacto extendió su acción disciplinadora al resto de los mercados.

El efecto es que ya nunca más resultó “democrático” el acceso al crédito por parte de la burguesía, comenzando a operar este fenómeno como un factor diferenciador de peso dentro del bloque de la burguesía. El instrumento privilegiado ha sido una elevada y volátil tasa de interés que desde hace años se convirtió en un componente central en la determinación de los costos de producción de todos los capitales vinculados al mercado de bienes. De esta política, se desprende inevitablemente todo el posterior proceso de desnacionalización de la Banca, la “exportación” de capitales y los mecanismos que

permitieron su existencia durante largo años. Sin duda su corolario final, ha sido el estallido de la última y más reciente crisis financiera.

Otro hecho importante para destacar, fue que también durante la dictadura militar se inició el proceso de endeudamiento de las empresas públicas como el caso de la petrolera YPF durante la gestión del General Suárez Mason. La principal empresa del Estado fue utilizada entonces como aval y garantía para tomar fondos en el exterior, fondos que a su vez eran utilizados para financiar parte de los gastos del Estado y que en esos años también se utilizaron para alimentar la exportación de capitales. A partir de esta línea, se desarrolló todo tipo de políticas que fueron llevando progresivamente al vaciamiento de las empresas públicas, situación que posibilitó su quiebra posterior y hecho que dio pie a la “lógica” de la privatización de las mismas en manos de los Grupos Económicos Locales y las empresas globales.

Por otra parte, también fue muy importante la apertura importadora de la economía vía la reducción de los aranceles que fija el Estado (tradicionalmente fueron un mecanismo utilizado para la protección de la producción local), desempeñando también un rol central pues resultaron otro elemento decisivo en la reestructuración del sector productivo. Este fenómeno tuvo especial importancia en la última década, donde una avalancha importadora determinó durante casi una década la desaparición de una parte importante del trabajo asalariado directo de los argentinos.

3. Algunas conclusiones

En función de aportar con nuestro análisis al desarrollo de orientaciones concretas relacionadas con la creciente ola de luchas políticas de las masas y poniendo el eje en cuestiones neurálgicas relacionadas a como transcurre la lucha por el poder (en especial entre las diferentes fracciones capitalistas), la cuestión central a determinar es ¿qué es en “concreto” el Estado hoy? Esta definición tiene importantes implicancias en la táctica a desarrollar. Es tarea de los revolucionarios contribuir a esclarecer a fondo sobre esta situación.

Dado el alto nivel a que ha llegado este proceso de apropiación y liquidación de la maquinaria estatal burguesa clásica, es casi imposible pensar en el hecho que una salida política y social –que incluya los verdaderos intereses populares– pueda mantener las condiciones de dominación que impone el manejo de la actual maquinaria estatal en manos de funcionarios completamente entregados a los grupos monopólicos y cuya tarea ha sido destruir sistemáticamente cualquier posibilidad de control de la “maquinaria pública” que hoy está en sus manos.

En esta misión, iniciada hace 20 años, el proceso llegó a un punto tan avanzado que deja en palabras huecas los discursos y las posiciones conciliadoras que el reformismo (al intentar un discurso orientado a reponer algunas de las funciones del “Estado Benefactor”) usa como barrera de contención al avance revolucionario de las masas, al proponer la salida de un abstracto Estado sin “corrupción”. Este es un sueño imposible para la burguesía.

Por sobre esta realidad, cada vez cobra mayor fuerza la concepción del desarrollo de poder local con vista al poder político, fenómeno que resulta sin duda la exacta contracara del actual estado de descomposición del Estado burgués y que expresa profundamente y en sentido revolucionario la real dirección en que se deben orientar los cambios en la sociedad.

1. La regulación es el desarrollo de las condiciones institucionales y sociales concretas para imponer un determinado régimen de la organización del trabajo en las fábricas, situación que se extiende también al resto del mercado de trabajo. De acuerdo a cada período histórico, el énfasis dentro del esquema capitalista hace eje en la plusvalía relativa (productividad) o plusvalía absoluta (extensión de la jornada de trabajo).

Nueva dinámica en la lucha de clases

1. La concentración económica tiende indefectiblemente a la reacción en política “La violencia política, no es más que la expresión de la violencia económica del sistema capitalista”. Esta máxima tan esencial en la lógica de la economía capitalista, sin duda, se destaca mucho más en situaciones de crisis como la del presente. Argentina como parte integrante de la potencial crisis del sistema capitalista (aún con sus propias especificidades) expresa condiciones sociales objetivas en donde la burguesía monopolítica debe recurrir a formas cada vez más violentas para resolver las contradicciones que lo acucian. En el plano local, los hechos del 19/20 de diciembre y el enfrentamiento de Puente Pueyrredón (26 de junio) son claros indicios de esta tendencia. La crisis mundial muestra el verdadero carácter de clase de la política imperialista que se implementa, cuando el poder monopolítico ataca con mayor recurrencia a los pueblos. El nivel de los intereses enfrentados parece ser indicio de la necesidad de formas cada vez más violentas para intentar subordinar al proletariado y a los pueblos del mundo. En épocas en que los pueblos no se dejan avasallar, esa tendencia a la “concentración política” se dirime por medio del uso de la violencia.

Las instituciones del Estado pro-monopolítico ya no son creíbles. Rápidamente y por los 5 continentes millones de personas aquejadas por hambrunas, desocupación, corrupciones en las esferas de decisión, inseguridad, etc., exigen inmediatos cambios políticos. La base de los grandes negocios de las multinacionales está cuestionada, incluso en los países imperialistas. El accionar de ciertas empresas estadounidenses (Enron, Worldcom, etc.) también ha resultado un ejemplo claro de cómo los grandes intereses económicos y financieros pueden quedarse con el ahorro de los mismo trabajadores norteamericanos. Ahora, la potencial catástrofe que les pisa los talones, arrastra tras de sí a los pueblos a situaciones antagónicas y también hacia momentos de grandes definiciones.

La violencia política no es más que la expresión de la verdadera violencia económica del sistema capitalista, acción que hoy recorre hasta las más apartadas zonas del mundo. Para el imperialismo, la guerra ha pasado a ser su idioma político. Los EE. UU. y su actual administración, encabezan esta nueva fase de la lucha por la hegemonía imperialista, situación que intensifica su accionar agresivo para intentar subordinar a los pueblos del mundo. No se trata de una lucha interimperialista entre “palomas” y “halcones”, sino que tratan de salvar la catástrofe que tiene enfrente de sus narices ante la lucha de clases –que por más de 25 años se mantuvo fundamentalmente latente– que exacerba sus contradicciones llevándolos a expresar esa guerra con formas abiertas y directas.

2. La crisis de los poderosos los vuelve más peligrosos aún

Si irracional es la rentabilidad de sus negocios, irracionales también son sus acciones cuando los mismos se ven afectados. Esta irracionalidad, producto de sus crisis y contradicciones, los lleva a declarar la guerra a los pueblos del mundo llevando su belicismo a Medio Oriente, India y Paquistán, Irak, Colombia. También están latentes estos conflictos clasistas en países como el nuestro, donde ya se ha perdido el respeto al mandato de las instituciones burguesas y del Estado hoy completamente cuestionados por la mayoría de la población.

En esta etapa de dominación del capital financiero las formas políticas tenderán a la violencia abierta contra los pueblos. De ninguna manera se puede “desclasarse” este enfrentamiento al hablar esquemáticamente de fuerzas “pacíficas” y “violentas”. Esa es una forma hipócrita de esconder el verdadero interés de la dominación en un mundo en donde la burguesía monopólica necesita reforzar su apuesta de explotación y opresión. El imperialismo atraviesa un momento en donde existen grandes ganadores y grandes perdedores como consecuencia de la concentración económica y centralización de capitales a escala global. Los pueblos del mundo, en sentido contrario, avanzan raudamente y a pasos acelerados a expresiones cada vez más democráticas que nada tienen que ver con el carácter de la “democracia burguesa”. Ese camino, aún desordenado e incipiente, corre paralelo al poder de los monopolios y de todas sus instituciones políticas y sociales. Millones de fuerzas populares en el mundo aparecen enfrentando al poder burgués, afectando intereses económicos y quitándole la iniciativa política y la ofensiva. Cada acto imperialista sin dilaciones es repudiado con oleadas de protestas, movilizaciones que preparan las mentes y los corazones de los pueblos expoliados por el imperialismo para enfrentarlos.

3. La burguesía imperialista se prepara para la guerra

Estamos en una época de cambios transcendentales en donde la burguesía imperialista se prepara para la guerra para intentar una dominación abierta que pueda “legitimar” las nuevas reglas de juego. A modo de ejemplo, la aprobación por parte del senado de EE.UU. de la “legalización de acciones de intervención ofensivas” tira a la basura una práctica burguesa de más de 300 años que sostenía la ilegitimidad de ese tipo de accionar. La declaración de guerra a los pueblos del mundo hoy está sujeta a los vaivenes de la lucha de clases.

Dentro y fuera de cada nación, el imperialismo en cualquiera de sus expresiones agudiza sus propias contracciones en la medida que el accionar de los pueblos (en enfrentamiento pacíficos o con manifestaciones violentas) hacen vacilar y dudar de lo que hasta no hace mucho tiempo podían realizar casi como un trámite burocrático.

En nuestro país, el Estado de los monopolios no está ajeno a esta guerra de clases abierta en el mundo. Las instituciones están siendo vapuleadas por el pueblo y los negocios del capital financiero no son tan fáciles de realizar como ocurrió casi sin interrupción durante más de 25 años. Todo su accionar está potencialmente cuestionado, nada es seguro y ningún negocio termina de hacerse. A la vez, nuestro país es un bocado atractivo por sus riquezas humanas, su geografía productiva, por sus riquezas estratégicas, por su organización social para la producción, etc. Situación que nos indica que nuestro pueblo tiene mucho para ganar y con qué crecer y liberarse de tanto oprobio del capital financiero.

4. Se está preparando la defensa militar de los intereses imperialistas

La lucha de clases ha adquirido una nueva dinámica en las contradicciones de las clases fundamentales (burguesía-proletariado) y en su relación con la contradicción principal (imperialismo-pueblo). El capitalismo en Argentina sólo podría recomponerse en la medida que le hagan sufrir al proletariado y al pueblo un escarmiento a tanta rebeldía ante las instituciones del sistema que nos sometieron por tantos años de represión y

engaño. Este escarmiento lo están preparando con más explotación y opresión con nuevas formas políticas, o ideológicas y de acción directa, en especial con la puesta a punto de las fuerzas armadas y represivas en general para militarizar nuestro país y llevar adelante la guerra de clase que les garantice su tasa de ganancias.

La estrategia de declaración de guerra al pueblo se está desarrollando, aunque no sea explícitamente. En esta dirección estratégica hay que analizar todas las expresiones violentas del sistema; preguntarse sobre el nuevo papel de las policías y el por qué de repente se cuestiona con marcado énfasis a la policía bonaerense, salen chanchullos al aire sobre el accionar de la Federal, cuando se trata de hechos que vienen sucediendo desde siempre, pero que ahora se difunden en forma masiva. ¿Por qué la Gendarmería y la Prefectura actúan en operativos policiales, reforzando la seguridad interior? ¿Por qué se comienza a hablar del papel de las Fuerzas Armadas reemplazando a la gendarmería en la frontera? Son preguntas para las que cabe una sola respuesta: están preparando la defensa militar de sus intereses.

Para ello, deben deshacerse de las viejas estructuras represivas que les sirvieron para otras etapas específicas de la lucha de clases, y que hoy (en el actual estado de la confrontación), les resultan insuficientes e inoperantes. La aspiración guerrerista del imperialismo está instalada en nuestra patria y para ello se preparan con planes de corto y largo plazo.

5. El proletariado debe prepararse

En este sentido, es inútil e hipócrita plantear como respuesta del proletariado el pacifismo a secas, como se trata de hacer con la población en general. Nuevamente aparecen en escena los debates sobre el tema que desarmen al proletariado y al pueblo. Al basar sus argumentos en una aspiración general que es la paz, esconden que en las condiciones actuales es una paz que garantiza los negocios de una minoría. Sería ingenuo y desclasado no ver el trasfondo de los intereses del imperialismo que se están jugando en nuestra patria. Ellos no van a perder su poder sobre las riquezas estratégicas en Argentina.

En estas condiciones, ¿es inevitable la violencia en un país capitalista como el nuestro? La respuesta está a la vista. Con el poder en sus manos, el proletario y el pueblo son los que podrán garantizar una justa distribución de la riqueza a través de un gobierno popular y revolucionario. Pero mientras la burguesía monopólica domine el Estado de carácter capitalista, la riqueza tenderá a una mayor centralización y su distribución será cada vez más injusta y mezquina. Para defender esa injusticia, desatarán más abiertamente su guerra contra el pueblo y el proletariado.

En estas condiciones, el proletariado debe prepararse con vista al ascenso de la lucha de clases y esto implica desplegar todas sus fuerzas, pacíficas y violentas, que acorralen las decisiones políticas de las instituciones del Estado. Frente a la violencia que genera el sistema injusto, el proletariado no puede mirar para otro lado. El papel del partido del proletariado, de la clase de vanguardia de la sociedad hace necesario analizar sin prejuicios todos estos temas que hacen a la lucha por el poder.

Con estas reflexiones buscamos abrir sin tapujos un imprescindible debate que ya aparece ante esta nueva ola de ascenso de masas. Nuestra propia historia nos da las respuestas. La idea es rescatar, estudiar y asimilar hechos históricos como fueron las guerras de la independencia. Profundizar el análisis de acciones de como fueron la Patagonia Rebelde,

el 17 de octubre, la resistencia peronista, el “Cordobazo”, la lucha de masas de década del 70, rescatando su espíritu rebelde en las luchas del presente.

Hoy sin dudas, estamos en condiciones de avanzar hacia un punto álgido de la lucha de clases como parte de un nuevo giro espiral ascendente. Así, deberemos tomar nuevas iniciativas históricas, a partir de las experiencias que se sucedieron desde el “Santiagueñazo”, el 20 de diciembre, el Puente Pueyrredón y los centenares de hechos que suceden todos los días. Para los revolucionarios, la lucha política en estas épocas deberá tomar en cuenta las cuestiones descriptas apoyándonos en los intereses de la clase obrera y por ende de todo el pueblo. Se trata de un momento histórico en donde avanzaremos a una situación revolucionaria y la clase obrera deberá asumir en sus destacamentos de vanguardia —entre ellos nuestro Partido— las prácticas y estrategias para la toma del poder y para constituir un poder revolucionario y popular.

Las “Jornadas de diciembre”, sus enseñanzas políticas

El 20 de diciembre se produjo uno de los alzamientos populares más importantes en la historia de nuestro país. Los enfrentamientos de esas jornadas marcaron un cambio cualitativo en el proceso de la lucha de clases y, por lo tanto, el análisis a fondo de los mismos constituye un elemento de enorme importancia política en función de la nueva etapa que transitan las masas y en especial en el desarrollo de la fuerza moral. Las formas de enfrentamiento empleadas por las masas contaron con toda la rica tradición de nuestro pueblo, por lo que las mismas deben ser sintetizadas para aportar al desarrollo en las luchas que se avecinan; síntesis que también es indispensable para estudiar el accionar de las fuerzas represivas.

1. Introducción

Si bien las jornadas del 19/20 de diciembre fueron precedidas por casi una semana en la que las noticias de los llamados “saqueos” a supermercados comenzaron a ser cotidianas y en aumento, ya desde varias semanas antes existía un tenso “clima” de bronca y descontento social. Es indudable que sobre esta situación de enfrentamiento latente se montaron las importantes jornadas de diciembre.

En esos días (sobre todo en importantes ciudades del interior como Rosario, Mendoza y Paraná) miles de compatriotas decidieron paliar la terrible situación social yendo allí donde estaban las mercaderías. Lo que se quiso presentar inicialmente como ejemplos aislados, terminó siendo una ola que no paró de crecer y que se convertiría, sin duda, en el principio del fin del gobierno parlamentario burgués en funciones.

2. Los hechos

El 18 por la noche y en la madrugada del 19 (y luego durante todo el día) los “saqueos” se generalizaron en el área del Gran Buenos Aires. Esa movilización se produjo en una parte sustancial, al margen de los “aparatos” políticos. Aún si escuchamos a quienes intentan atribuir todo este movimiento a la “mano negra” del PJ bonaerense —en la planificación de los hechos—, lo cierto es que el correr de las horas demostró que el movimiento estaba fuera del control de cualquiera y que las masas iban por lo suyo. En esa jornada, ya los saqueos se habían generalizado nacionalmente y el grado de organización era diferente según la zona y el sector que se movilizaba; pero, en su gran mayoría, los mismos eran protagonizados por los sectores más desposeídos y necesitados. El objetivo inmediato era paliar el hambre; sin embargo, en provincias como Tucumán, Corrientes, Mendoza y algunos municipios del Gran Buenos Aires, ante la represión policial se produjo la retirada hacia los barrios y allí se organizó la autodefensa de masas. En algunos casos, los enfrentamientos contra la policía duraron varias horas. Ante esta situación, durante la tarde del 18 el Gobierno Nacional dictó el estado de sitio. Por la noche, el Presidente De la Rúa lo ratificó y así le echó nafta al fuego.

3. El enfrentamiento del pueblo

A partir de ese hecho, en Buenos Aires y todo el país se vivió un levantamiento de masas. Miles de personas salieron a las calles a desafiar el estado de sitio y a exigir el fin del gobierno aliancista. Muchas ciudades fueron literalmente “tomadas” por las masas. La población comenzó a juntarse en autopistas, avenidas, plazas, esquinas, para cortar el

tránsito y, con barricadas y fogatas, demostraban que las calles eran del pueblo. Luego del Gran Buenos Aires, el principal centro de movilización fue la Plaza de Mayo. La manifestación a la Plaza era esencialmente pacífica pero la salvaje represión sobre los miles que ya habían arribado hizo que el grueso de la gente se replegara, se reagrupara y marchara hacia el Congreso. No obstante, esa noche las fuerzas represivas encontraron focos de resistencia que serían el prólogo de lo que pasaría el día 20. Al mismo tiempo, los manifestantes de los barrios cercanos a Plaza de Mayo ya en su terreno enfrentaron decidida y masivamente la represión y lograron la quema y el desarme de patrulleros. Cada calle y cada esquina eran controladas y defendidas por los vecinos que conocían perfectamente el terreno, sus habitantes y contaban con sus propios medios de defensa. Los enfrentamientos del 20 no se presentaron con una planificación preestablecida y fueron organizándose en la medida que se incrementaba el número de los manifestantes (llegaron miles de jóvenes desde distintos puntos de la ciudad y el conurbano). Pero sí estuvo clara de entrada la consigna de la caída total del gobierno, ya que hasta ese momento, sólo había renunciado el ministro de economía Domingo Cavallo.

Si bien la represión cumplió en ese momento su primer objetivo –que era desalojar la plaza–, los manifestantes se reagruparon en los alrededores. Los elementos de combate de las masas fueron piedras, palos, botellas, barricadas y molotov hechas con lo que se podía conseguir en el momento. La característica esencial de los enfrentamientos fue la lucha callejera, de ida y vuelta, avances y retrocesos permanentes, división de las tareas, conformación de diferentes grupos para detener a la policía, o para relevos. Un elemento determinante para poder resistir tantas horas fue la masiva solidaridad de los vecinos que llegaban con agua, limones y pañuelos para paliar el efecto de los gases y elementos para quemar.

El hostigamiento a las fuerzas policiales fue permanente y la furia se acrecentó con las primeras muertes. La llegada de los motoqueros significó un avance cualitativo para la organización de los enfrentamientos. Los compañeros con sus motos pasaron a cumplir tareas de unidades móviles. Fueron fundamentales en la sanidad y traslado de heridos, haciendo enlaces entre los distintos grupos y avisando sobre los movimientos de la represión. En los enfrentamientos permitieron incursiones profundas contra la policía, asustando a los caballos o llevando compañeros, además permitían acercarse a la policía y que las molotov tuvieran mayor precisión. De hecho, los momentos en que los motoqueros avanzaban, la Policía Federal y la Guardia de Infantería retrocedían de inmediato. Insistimos que a pesar de que el enfrentamiento no contaba con una dirección centralizada, la acción de estos compañeros fue importantísima y mostró que unidades decididas, móviles y ágiles permiten asestar golpes más contundentes.

Al anochecer, ya con la renuncia de De la Rúa en la calle, los enfrentamientos fueron apagándose pero para la noche se preparaba una reacción de masas tan importante como la de ese día.

Durante toda la tarde del 20, se generalizó una iniciativa de inteligencia del enemigo que consistía en amedrentar al pueblo con la versión de saqueos a los barrios y las casas. Esto tenía el objetivo claro de meter a la gente en sus casas; pero la reacción del pueblo fue totalmente contraria. En numerosos barrios de Capital y el Gran Buenos Aires, los habitantes comenzaron a agruparse en las esquinas. Hombres, mujeres y jóvenes fueron organizando la defensa de sus barrios. En cada esquina ardía una fogata que era el punto de reunión de los vecinos. Se conformó un cordón de fuego que delimitaba claramente

hasta dónde podrían llegar los atacantes. Salieron a relucir formas básicas de armamento del pueblo: cuchillos, cadenas, palos, revólveres, escopetas, rifles. La decisión y la organización de la defensa de masas desbarataron totalmente la intencionalidad del enemigo. La vigilia duró toda la noche y, en algunos casos, varios días.

4. El accionar de la represión

La represión se produjo en todo el país y, en cada caso, tuvo las características propias de la situación del lugar. En la Plaza de Mayo, la Policía Federal actuaba con un ojo aéreo permanente, que era un helicóptero que avisaba a los distintos grupos sobre los movimientos de los manifestantes. Los cuerpos principales no realizaban incursiones profundas sobre los manifestantes; sino que se concentraban en las motos policiales que, con un acompañante con Itaka, podían llegar muy cerca de los grupos de manifestantes. La Policía Montada también cumplió parcialmente este objetivo pero la llegada de los motoqueros, que asustaban a los caballos, debilitó esta alternativa.

Como dijimos, su primer objetivo fue desalojar la plaza, creyendo que con ello se debilitaría la protesta y se produciría la desconcentración. Después de varias horas, y ante el evidente fracaso de ese propósito, se produce la orden política de tirar a matar. Luego de las 16 horas (el Comité de Crisis presidido por Enrique Mathov se había reunido alrededor de las 14), la Policía comienza a replegarse por Av. de Mayo hacia la Plaza y, al avanzar nuevamente los manifestantes, se producen cuatro de las cinco muertes y un poco más tarde la quinta sobre la Av. 9 de Julio. También en esas horas, muere un manifestante en la Avenida Eva Perón, frente a Ciudad Oculta. Además de estas muertes, hubo más de ochenta heridos de bala de plomo en distintos lugares de la ciudad. Era evidente que el objetivo era aterrorizar a las masas para terminar con la situación. Sin embargo, la fuerza política de la protesta y la determinación de la manifestación pudieron más. Otro hecho a destacar en el accionar represivo de esos días fue que, en algunas provincias, la Policía y fuerzas de seguridad tiraron a matar en forma selectiva. Ello ocurrió en la ciudad de Rosario donde matan a una persona cuando éste estaba en la terraza del comedor comunitario donde militaba. También en Villa Gobernador Gálvez (Provincia de Santa Fe), una compañera de la Comisión de Derechos Humanos de la zona fue ejecutada por la espalda por una patrulla policial, al margen de cualquier manifestación.

5. Algunas conclusiones

La primera conclusión de esas jornadas es que el alzamiento de masas, más allá de su grado de espontaneidad, logró organizarse detrás de un objetivo político claro y contundente. No necesitó esperar llamados a coordinaciones nacionales de lucha. Primero la experiencia y luego la organización es un principio esencial para disputar la dirección política de las masas. Asimismo, se deben enfrentar las acciones tendientes a “institucionalizar” la organización por fuera de las aspiraciones y tiempos de las masas, situaciones que llevaron a la impotencia a quienes querían hacer un 19 de diciembre todos los viernes.

Puede decirse con certeza que los enfrentamientos de esos días demostraron una vez más la combatividad de nuestro pueblo y, sobre todo, de las nuevas camadas de jóvenes antimperialistas y antisistema y el desarrollo tendencial de la fuerza moral necesaria para el futuro desarrollo y avance de las luchas populares. Sin embargo el coraje solo no

alcanza, máxime cuando el enemigo no vacila en mostrar toda su saña contra el pueblo. Los enfrentamientos callejeros de esos días carecieron de coordinación y mando único; hubo además una insuficiencia de elementos para el combate y de organización de la retirada. Igualmente el saldo es muy importante y todo lo que se hizo y se aprendió en las “Jornadas de diciembre” debe ser elevado y organizado para los próximos enfrentamientos.

El accionar de los motoqueros mostró la importancia de contar con fuerzas móviles, de despliegue rápido, que golpeen y se retiren para socavar el accionar del enemigo. La eficacia de la defensa y los golpes al enemigo se produjeron en los lugares donde las masas conocían el terreno y las fuerzas reales con las que contaban. No fue lo mismo la resistencia en el centro de la ciudad, que en los barrios, ya que allí las fuerzas represivas fueron controladas por la población. La concepción de autodefensa armada de masas se materializó en la noche del 20 y en las jornadas posteriores, cuando las poblaciones salieron a repeler los posibles ataques contra sus viviendas. El enemigo intentó utilizar las fuerzas del lumpenaje para amedrentar pero el movimiento de masas encontró la forma de enfrentar esas intentonas. Cabe destacar que el armamento espontáneo del pueblo es numeroso y jugará un importantísimo papel en las luchas, cuestión que se debe tener en cuenta en vista al futuro.

6. El papel del proletariado

La convocatoria a realizar un paro general el 20 de diciembre que partió de las Centrales Sindicales “oficiales y semioficiales” tuvo por objetivo principal desmovilizar a los trabajadores alejándolos –en esa jornada– de sus lugares de trabajo. En este marco, se notó la ausencia de la movilización organizada de la clase obrera, hecho que sin duda le hubiera dado a la movilización un carácter mucho más organizado y con objetivos políticos más profundos. Esta es una característica histórica que sí estuvo presente en enfrentamientos como el “Cordobazo” y el “Rosariazo”. Viéndolo así, entendemos que es a partir de este déficit, desde donde debe enfocarse la tarea de los revolucionarios.

Aún cuando las “jornadas de diciembre” eran un hecho “previsible”, estuvieron sustentadas en altos grados de espontaneidad que sólo se cubrieron parcialmente. Con la “certeza” de que la situación social puede generar nuevos enfrentamientos sociales, ahora debemos enfocar la cuestión de la presencia obrera en la próxima oleada de luchas, para elevar la calidad política de las mismas.

“...Conquistar el porvenir es el elemento estratégico de la revolución, congelar el presente es la contrapartida estratégica que mueve las fuerzas de la reacción en el mundo actual, ya que están a la defensiva...”

...El estudio certero de la importancia relativa de cada elemento, es el que permite la plena utilización por las fuerzas revolucionarias de todos los hechos y circunstancias encaminadas al gran y definitivo objetivo estratégico, la toma del poder. El poder es el objetivo estratégico sine qua non de las fuerzas revolucionarias y todo debe estar supeditado a esta gran conquista.

...Por eso, para analizar cada elemento en la guerra o la política, no se puede hacer extracción del conjunto en que está situado. Todos los antecedentes sirven para reafirmar una línea o una postura consecuente, con los grandes objetivos estratégicos. Llevada la discusión al terreno de América, cabe hacerse la pregunta de rigor: ¿Cuáles son los elementos tácticos que deben emplearse para lograr el objetivo de la toma del poder en esta parte del mundo? ¿Es posible o no en las condiciones actuales de nuestro Continente lograrlo (el poder socialista, se entiende) por vía pacífica?

Nosotros contestamos rotundamente: en la gran mayoría de los casos, no es posible. Lo más que se lograría sería la captura de la superestructura burguesa del poder, y el tránsito al socialismo de aquel gobierno que, en las condiciones de la legalidad burguesa establecida llega al poder formal, deberá hacerse también en medio de una lucha violentísima contra todos los que traten de una manera u otra, de liquidar su avance hacia nuevas estructuras sociales.

América es hoy un volcán; no está en erupción, pero está conmovida por inmensos ruidos subterráneos que anuncian su advenimiento. Se oyen por doquier esos anuncios...

Podemos concluir, pues, que, frente a la decisión de alcanzar sistemas más justos en América, debe pensarse fundamentalmente en la lucha armada...

Se establece que, aun cuando es muy importante la lucha por la liberación de los pueblos, lo que caracteriza al momento actual es el tránsito del capitalismo al socialismo...

Párrafos del artículo “Táctica y estrategia de la Revolución latinoamericana”, escrito por el Che Guevara y publicado por la revista cubana “Verde Olivo” en Octubre de 1968.